

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y hendió el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA 4.^a DE CUARESMA.

*Et sequebatur cum
multitudo magna.....*
JOAN., VI. 2.

Y le seguía una gran-
de multitud de gente.

Conviene que el orador sagra-
do levante hoy su autorizada voz
contra esos siete demonios, co-
nocidos con el nombre de pecados
capitales que envilecen al
hombre, y están envenenando la
vida de la familia y las entrañas
de la sociedad.

La ira es uno de los pecados
que más ofenden á Dios y más
dañan al hombre, á los pueblos y
á las naciones. Y preciso es con-
fesar que el fuego de la ira ex-
tiende por todas partes sus teme-
rosos incendios, y con frecuencia
presenciamos escenas lamenta-
bles de contiendas, discordias y
venganzas, que son un atentado

contra la ley natural, y una ho-
rrible conculcacion del Evange-
lio, ley de paz, de mansedumbre,
y de amor fraternal.

Voy á combatir el pecado de la
ira, mostrando *su gravedad, sus
consecuencias y sus remedios.*

La ira es un apetito desorde-
nado de venganza. Hay en nos-
otros una potencia llamada *irasci-
ble*, y se manifiesta cuando nos
levantamos airados para vengar
una injuria ó daño que nos ha
inferido nuestro prójimo. No es
malo de suyo el apetito de ven-
ganza; la malicia de este apetito
está en el modo y en el fin des-
ordenado. Por eso dice el profeta
coronado *Irascimini et nolite pecca-
re*. Hay, pues, que distinguir las
injurias y el modo de vengarlas,
porque la ira será lícita, será
laudable, será santa, ó pecado
gravísimo y aún crimen horren-
do segun sea su origen, su causa

y motivo. Es lícito y santo encenderse en ira y desear y pedir la venganza de las injurias que se hacen á Dios, como David que se abrasaba y consumía á causa de las prevaricaciones públicas, como Elías que pidió y obtuvo fuego del cielo contra sus perseguidores, como Eliseo cuando maldijo á los jóvenes que de él se burlaban, como el mansísimo Jesús cuando abrasado de santo celo por la gloria de su Padre arrojó á latigazos á los profanadores del templo, como el magistrado que apetece y procura el castigo del criminal por amor á la justicia, como el padre que castiga al hijo para enmendarle y corregir sus extravíos, como los justos que apetece y piden á Dios la humillacion de los pecadores y se regocijan cuando ven las divinas venganzas. *Lætabitur justus cum viderit vindictam* (1).

Por donde conoceréis que es lícita y santa la ira, que es bueno y á veces obligatorio apetece la venganza, cuando lo hacemos con un fin bueno, como la gloria de Dios, el bien público, la conservacion de la justicia, la correccion de la culpa, la enmienda y la salvacion de los culpables. Cuando el apetito de venganza se

endereza á estos fines, cuando hay moderacion en nuestra su ira y es, su moviel amor de Dios ó del prójimo, el apetito de venganza es ordenado, la ira es justa y santa la indignacion que enciende en nuestro pecho la violacion de la justicia, el triunfo del pecado y la obstinacion del pecador. Pero lo que es malo y gravisima culpa es apetece, ó buscar, ó realizar la venganza segun que esta es un mal para nuestro prójimo; lo que es malo y origen de muchos males públicos y privados es el fuego de la ira que enciende la sangre y ahoga la razon, la cólera que ciega, el furor que arrebatata, que impide reflexionar, que á la razon sustituye la fuerza, que previene el juicio como afirma Santo Tomás (1), que concentra toda la vida del iracundo en los lábios que blasfeman, ó injurian, en los ojos que centellean, en la punta del pié que hiere, en el puño que descarga el golpe, en el cañon de un revolver ó en el filo de una navaja que asesina y mata. Y todo ¿por qué? Por un contra-tiempo, por una pérdida quizá insignificante, por una ofensa quizá leve, por una humillacion del amor propio, por un motivo

1. Pslm. 57. 11.

1. 22, q. 458, art. 6.

baladí. Pero sea ó no grave la causa, el motivo y origen de la ira, de esos arrebatos, de esos furores y de esas venganzas, sabed, hermanos míos que la ira así explicada es un pecado capital, una ofensa gravísima de Dios y que los iracundos, los coléricos y vengativos, como asegura el Apóstol, (1) no conseguirán el reino de los cielos.

La venganza viene á ser una especie de ateísmo, la negación teórica y práctica de Dios y de su infinita soberanía. ¿Qué dice y qué hace el vengativo? Ha recibido una ofensa, el fuego de la ira enciende sus mejillas, y sus labios pronuncian esta sentencia: yo me vengaré de mi ofensor; y llegada la ocasión devuelve á su enemigo mal por mal, daño por daño, injuria por injuria. ¿Qué es esto? ¿qué pecado hay aquí? ¿qué has hecho, hombre insensato? Violador de la ley natural y del Evangelio ¿qué has hecho? Dios dice: La venganza para mí; yo daré á cada uno su merecido. Yo soy el juez de vivos y muertos, yo juzgo á las mismas justicias. Y tú te levantas á impulso de la ira, y arrebatas á Dios el derecho de juzgar, le usurpas el derecho de la venganza,

y te constituyes juez soberano é independiente de tu propia causa, y juzgas y condenas sin misericordia á tu hermano. Si, pues, te atribuyes el derecho de juzgar, si condenas á tu hermano y ejecutas la venganza, si los hombres son los jueces y vengadores de las injurias que reciban de sus hermanos, negais á Dios, ya no hace falta la justicia de Dios ni la idea de Dios en los pueblos y naciones. Si nosotros hemos de juzgar según nuestro capricho, si hemos de hacernos justicia sin más ley que nuestros odios y rencores, sin otra norma que los arrebatos de la ira, están de sobra, son inútiles las leyes de Dios y los preceptos del Evangelio, inútil la providencia, inútil la justicia divina, inútil la soberana intervención del Señor en el gobierno de las almas y de las sociedades. Ved lo que haceis, cuando á impulso de la ira os levantaiis contra vuestros hermanos. Negais á Dios, negais su Providencia, negais su código inimitable, negais su tribunal justísimo, negais su soberanía, y como el ángel rebelde y soberbio os alzais sobre Dios, pretendiendo usurparle su trono y ejercer su soberanía. ¿No os horroriza la gravedad de este pecado? ¿No os llena de terror, hermanos míos;

1 Ad Gal., 5, 20, 21.

no os llena de terror la enormidad de este crimen?

Si bajo este aspecto se revela todo lo que hay de grave y repugnante en el pecado de ira y en los actos de venganza, sube de punto su gravedad y malicia si se atiende á las consecuencias.

¡Qué paz, qué dicha la de los mansos y humildes de corazón! Bienaventurados los mansos porque de ellos es la tierra y suyo será el reino de los cielos. El manso y humilde de corazón, el verdadero cristiano es dueño de sí mismo, de su génio, de su temperamento, de sus pasiones, aun de las mas vivas é impetuosas, señorío noble, meritorio y glorioso, mas glorioso que el dominio de Alejandro sobre los reinos y ciudades de Oriente, mas glorioso que el dominio de César sobre las provincias y naciones sometidas al cetro de Roma con el poder de su espada y la bravura de sus legiones, mas glorioso que el poder de todos los monarcas y conquistadores de la tierra. El hombre de génio pacífico y de dulce carácter vive en paz consigo mismo, y en deliciosa concordia con sus semejantes, siendo mejor que Tito, por su modestia, por su afable trato, por su encantadora mansedumbre, *las delicias* de sus prójimos. Es

un leon cuando se trata de los fueros de la verdad, de la justicia, de la Religion, de la gloria de Dios, pero el leon se convierte en mansísimo cordero cuando se trata de perdonar injurias propias, de tolerar por amor de Dios las adversidades y flaquezas de sus prójimos. Asi conserva la salud del cuerpo y la salud del alma. La mansedumbre es la higiene maravillosa de la vida corporal, y la paciencia que de ella procede, es la piedra filosofal que convierte en méritos y virtudes las injurias y las ofensas, los contratiempos y adversidades.

No tiene estas ventajas el iracundo, no goza de estos bienes el vengativo. Por no dominar sus pasiones, por no sujetar su ira, por cerrar su corazón al temor de Dios, á la calma, á la paciencia y al sacrificio, abre la puerta á los disgustos, á los arrebatos coléricos, y la ira envenena la sangre, trastorna la cabeza, conmueve violentamente el sistema nervioso y, á decirlo con un reputadísimo escritor, los arrebatos de la ira quebrantan la salud, y aceleran la muerte con esas agitaciones extraordinarias que produce en el organismo, con esas violentas constricciones, con esas fiebres, ora biliosas, ora inflamatorias, con esas

hemorragias, con esos espasmos y otras mil dolencias que atraen sobre sí los iracundos y vengativos. Escrito está que el iracundo así como es fácil en cometer pecado (1), disminuye sus días y acelera su vejez (2), y aleja de sí á sus amigos (3).

En el orden espiritual son imponderables *las consecuencias* que brotan de esta premisa horrible que se llama la ira, apetito desordenado de venganza. El hombre dominado por la ira deja de ser hombre y se convierte en fiera, porque prescinde de la razón, la destruye, la aniquila, y privado de esa luz que es su guía, su freno, su regla, no hay pecado, ni exceso, ni delito, ni crimen que el iracundo no pueda cometer. De aquí proceden esas enemistades, esos odios, esas discordias, esas calumnias, esas persecuciones, esas guerras, esas venganzas del rico contra el pobre, del pobre contra el rico, del vecino contra el vecino, del hermano contra el hermano, y hasta de los hijos contra los padres, venganzas en la honra, en la hacienda, en las personas, venganzas que destruyen la paz, la armonía y el bienestar en las familias,

pueblos y ciudades y abren la puerta á innumerables pecados, cerrando á muchas almas las puertas del cielo.

No hay salvación para el rencoroso, no hay misericordia para el iracundo, no hay cielo para el vengativo. Escuchad y estremecéos. Esta escrito que Dios juzgará sin misericordia al que juzgó á su prójimo sin misericordia (1).

Con la vara con que mediste, has de ser medido. Has tomado venganza de tu hermano; y te has vengado sin misericordia, usurpando á Dios el derecho de la venganza. Yo también te juzgo sin misericordia. No puedes quejarte. Ya estás juzgado. No hay misericordia para el vengativo. Tu destino es el infierno. Los que obran así no entrarán en el reino de los cielos.

Ya es hora de buscar remedios eficaces para tan graves dolencias. Aplicad á vuestra conducta las reglas de la moral cristiana, publicadas por San Pablo. Sujeta la ira. *Date locum iræ*. Porque está escrito: Mía es la venganza, dice el Señor, yo daré á cada uno su merecido (1). No se ponga el sol dejándoos con ira. *Sol non occidat super iracundiam ves-*

1 Prov., XV.
2 Eecl., XXX.
3 Prov., XXII.

1 Jac., II. 13.
2 Ad Rom., XII.

tram (1). Dejad á Dios la venganza de las injurias, y él la tomará completísima. ¿De qué te sirve la venganza? Ofendes á Dios, perjudicas á tu hermano, manchas tu conciencia, y pierdes el cielo y con tus propias manos te labras corona de infamia y de eterna condenacion. Imita el ejemplo de David, de José, de San Estéban, de San Pablo que perdonaron á sus enemigos y fueron enalzados por Dios en premio de su mansedumbre.

La oracion frecuente os dará fuerza para vencer los impetus de la ira y la lluvia de la gracia para extinguir en vuestro pecho el fuego de la venganza. Los Santos Sacramentos contienen las medicinas de la Redencion. Confesad y comulgad con frecuencia y sereis curados de las mordeduras de esa vibora, y arrojareis de vuestro pecho ese aspid, la ira que tanto daño os causa en la vida corporal, espiritual y sobrenatural.

Y sobre todo levantad la vista y contemplad la escena imponente del Calvario. No os detengais á considerar aquel oscurecimiento del sol, ni aquel ruido de las piedras que se parten, ni aquellas convulsiones de la tierra,

ni aquel trastorno de todos los elementos.

Contemplad aquella Cruz que se alza en el Gólgota y en esa Cruz al Hijo de Dios clavado de piés y manos, desangrado, escarnecido, descoyuntado por los golpes de mil sayones. Oid sus últimas palabras. Son palabras de ruego que dirige á su eterno Padre. ¿Pensais que va á pedir por San Juan que está al pié de la Cruz, por aquel discípulo de su predileccion? ¿Pensais que va á rogar por su Madre que está al pié de su patíbulo, triste como el ave á quien robaron sus polluelos, pálida como la muerte, sumergida en un mar de dolores? No, hermanos míos; el Hijo de Dios abre sus lábios divinos y pronuncia estas palabras sublimes: Padre, perdona á mis verdugos, perdona á mis enemigos porque no saben lo que hacen.

Perdonemos y seremos perdonados. No apartemos los ojos de la Cruz, imitemos á nuestro eterno y perfectísimo modelo, y amaremos á nuestros enemigos con amor de verdadera fraternidad, amor dulcísimo y santísimo que nos hará semejantes á la imágen del Hijo de Dios en esta vida y nos franqueará las puertas de su reino, Amen.

1 Ad Ephes., IV.

MARÍA DE RUDENZ.

LEYENDA FANTÁSTICA ALEMANA.

Conclusion.

—¡Ay Catalina! si no me caso con él me moriré, exclamó Dorothea abrazando á su nodriza.

Ambas desaparecieron.

La tumba de María de Rudenz quedó sola.

La niebla envolvió aquel lugar de perpétua oscuridad, más lóbrego aún por la caída de la tarde, precursora de una noche negra.

La cruz parecía haber desaparecido, y entre aquella media oscuridad veíase levantarse la losa que ocultaba los restos de la monja sangrienta.

Una figura blanca envuelta con un velo negro pareció salir del abismo; entre sus manos brillaba, si bien opaca, la luz de una linterna. La niebla se hizo cada vez más densa: la siniestra figura pareció perderse: sólo entre aquel caos se veía brillar como un fuego fátuo la fantástica linterna, cuya luz concluyó por desaparecer también, no quedando más que negras tinieblas.

III.

El rapto de un fantasma.

Ulrico esperaba al pié de la muralla del castillo de Rudenz la venida de su Teheta.

Era cerca media noche y hacía frío.

Aquel día el jóven no había podido ver á su amada, pero no dudaba que acudiría á la cita.

—Hoy mismo será mi esposa,

decía el jóven con verdadera pasión, y mañana vendremos aquí, caeremos á los piés de sus padres y ellos nos perdonarán.

Entonces se oyeron pausados los sonidos del reló de la gran torre de Rudenz que daban las doce.

—Es la hora dijo Ulrico con alegría. Ella va á venir, pero Dorothea no venia, y reinaba el silencio de la muerte.

—Oh, si me habrá engañado; exclamó el jóven impaciente; pero una súbita claridad que apareció en las murallas, brillando como una débil luciérnaga en aquellas tinieblas, regocijó al jóven.

Una figura blanca, envuelta con un largo velo negro que la cubría el rostro, apareció. En una mano llevaba un puñal sangriento y en la otra una linterna encendida. Su blanco vestido aparecía tinto en sangre que daba horror.

—Nada ha olvidado, dijo el jóven gozoso; no hay miedo que con este traje nadie la siga.

Y acercándose á ella, que bajaba ya los escalones de la muralla con paso lento y acompasado, como un sér del otro mundo, le dijo:

—Teheta, Teheta mia, aquí estoy.

La fantástica figura seguía adelante sin contestarle; pero él se acercó y la cogió con sus brazos, diciendo:

—Teheta Teheta mia, ven conmigo; á pocos pasos está el coche que nos aguarda.

Al divisar á la extraña figura, los caballos del coche se encabritaron y empezaron á relinchar.

—Esta luz les asusta, dijo Ulrico, y apagó la linterna, tomó en sus brazos al siniestro fantasma y lo metió en el coche, subiendo él y colocándose á su lado, picó los caballos, que huyeron con rapidez vertiginosa.

—Teheta, Teheta mia, ya estamos en salvo, decía gozoso Ulrico tomando sus manos, pero sintió en ellas el frío de la muerte.

—Vuelve en tí, Teheta mia, decía Ulrico con terror; respóndeme, Teheta, respóndeme en nombre de Dios.

Oyóse un trueno que retumbó en el espacio, y despues siguió otro precedido de un relámpago.

La claridad que alumbró por un momento, le hizo ver una cosa que le causó terror.

El velo que ocultaba las facciones de Teheta acababa de levantarse, y en lugar de los dulces rasgos de la rubia hija de Alemania, se vió una tez morena y pálida, alumbrada por unos ojos negros, de mirada fosforescente, que parecian brillar en la oscuridad con un reflejo infernal.

La tempestad arreciaba y el coche parecía llevado en alas.

—¡Teheta! gritaba el infeliz lleno de horror y pérdida la cabeza, Teheta, ¿eres tú? respóndeme en nombre de Dios ó me voy á desesperar.

Otro horrible trueno fué la respuesta. Los caballos levantaron

sus patas delanteras, el jóven fué arrojado del coche, y cayó en el suelo, interin que el vehículo y los caballos caian precipitados en un abismo.

—¡Teheta! ¡Teheta mia! gritó el infeliz, y perdió el sentido.

Al dia siguiente unos aldeanos lo encontraron cuasi sin vida á las orillas de un grande precipicio.

En el fondo se veia un coche despedazado y unos caballos muertos.

—¡Teheta! ¿en dónde está Teheta? gritaba el desgraciado.

Nadie habia en el fondo del abismo.

Dorotea de Rudenz estaba en el castillo, no habia salido de él, pues tuvo miedo.

Ulrico habia robado á la monja sangrienta, el fantasma de María de Rudenz.

El jóven se volvió loco, y murió viendo siempre junto á sí al terrible espectro.

Dorotea de Rudenz tomó el velo de religiosa en uno de los mas austeros conventos de Alemania y murió jóven, edificando á la comunidad con su santa vida (1).

Francisco de Paula Capella.

(1) La leyenda de la Monja Sangrienta es la mas popular en Alemania, Austria, Bohemia, Hungría, Holanda y Bélgica.

Se han escrito sobre ellas diferentes volúmenes en prosa y en verso, algunos dramas; uno de los cuales, traducido al francés, verdadero dramon, hácia las delicias de nuestra juventud cuando estaban de moda los dramas románticos.